
**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
SR. RECTOR, DR. FRANKLYN HOLGUÍN HACHÉ,
EN LA XXXIII GRADUACIÓN ORDINARIA**

Nos reunimos en este recinto de la Casa San Pablo, donde parece percibirse un silente rumor de algunas de sus "fragancias divinas cuando dice San Pablo":

"Aspiren a los dones de dios más excelentes. Aunque yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, no soy más que una campana que resuena o unos platillos que aturden. Aunque yo tuviera el don de la profecía y penetrara todos los misterios, aunque yo poseyera en grado sublime el don de ciencia y mi fe fuera tan grande como para cambiar de sitio las montañas, si no tengo amor, nada soy. Aunque yo repartiera en limosnas todos mis bienes y aunque me dejara quemar vivo, si no tengo amor, de nada me sirve".

"El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no es presumido ni se envanece; no es grosero ni egoísta; no se irrita ni guarda rencor; no se alegra con la injusticia, sino que goza con la verdad. El amor disculpa sin límites, confía sin límites, espera sin límites, soporta sin límites. El amor dura por siempre; en cambio, el don de profecía se acabará, el don de lenguas desaparecerá, y el don de ciencia dejará de existir, porque nuestros dones de ciencia y de profecía son imperfectos. Pero cuando llegue la consumación, todo lo imperfecto desaparecerá".

Hace hoy 35 años que apareció la Universidad APEC, como un milagro de la educación superior, en un momento en el que nuestra patria urgía de renovados valores que la encimaran como otrora, cuando fuimos la cuna de la cultura americana, y con la definida intención de contribuir a la formación de recursos humanos calificados para el desarrollo nacional, y la de crear en sus estudiantes un sentido cívico de participación en el servicio de la nación.

UNAPEC, entonces llamado Instituto de Estudios Superiores, (IES); fue una manifestación más, de un sano y vigoroso movimiento para crear y hacer educación superior dominicana.

Honor merecido y justo al recordar y rendir tributo a los fundadores de APEC, a aquellos hombres y mujeres,

excepcionalmente meritorios, que se han hecho dignos, por sus servicios a nuestra institución, de la gratitud y la admiración de esta comunidad.

Pasados siete lustros, de mantenida labor educativa, UNAPEC se yergue, como una de las instituciones egregias en la República Dominicana, con merecido reconocimiento internacional. Durante esos años, han salido de sus aulas universitarias, miles de profesionales que la nación, por su parte, ha hecho esfuerzos por incorporar a una vida digna.

En los días que corren, fuerza es decirlo, gravita sobre el destino humano un océano de dudas y ambiciones. En el mismo umbral del siglo XXI nos enfrentamos a una crisis que estremece los cimientos de la fe; pareciera que aún los dominicanos no encontramos esa vía propia del crecimiento. Para ser honestos, no la hemos encontrado.

Muchas esperanzas han resultado fallidas, muchas expectativas, frustradas, muchas oportunidades, perdidas. Nuestros males son peores y más profundos. Las necesidades, más elementales y gruesas. Nuestros vicios, más atrevidos y dañinos.

¿Qué ha pasado entonces? Algo está fallando en el dominicano, que no puede organizar y priorizar sus recursos.

Tenemos, pues, una tarea que cumplir, porque hasta la cultura está en crisis, porque asistimos a una desventurada inversión de valores. Las crisis del intelecto son etapas inexorables en el discurrir del tiempo. *Pero de cada naufragio surge enriquecida la humanidad.*

Los centros de altos estudios abrieron sus puertas y año tras año, la comunidad recibe jóvenes formados. Debemos convenir en que “desarrollo es el nuevo nombre para la paz, y así educación es el nuevo nombre para el desarrollo”.

Educación es verdaderamente la llave del desarrollo, y por eso, la llave de la paz, la llave para las relaciones pacíficas entre naciones, entre gente, entre comunidades.

Si queremos la paz, debemos buscar un camino para el desarrollo, y si queremos desarrollo, debemos buscar la manera de educarnos, la manera de encontrar una educación fundamental, una educación que llegue a la gente por sus raíces, una educación con

valores fundamentales, morales. Una educación de familia, una educación que toque a todo hombre, una educación que pueda cambiar a las personas haciéndolas mejores, haciéndolas con un anhelo de llegar a una meta más allá, una educación que pueda darnos a todos un camino para una vida plena, una vida de dignidad, una vida que nos acerque a la meta de nuestra vida que es el Señor.

Nosotros creemos que las universidades que se han convertido en meros templos de noticias y conocimientos que propugnan tan sólo la entrega, al fin de un lapso más o menos penoso, de un pergamino académico, han desviado su egregia misión.

Digan lo que quieran los descreídos: nuestra universidad tiene una misión más alta y universal, y para comprenderla hay que tomar en cuenta lo que el filósofo español Julián Marías llama "función social de la universidad" que es, según su explicación "el papel que representa dentro de la vida nacional en su conjunto. No a los actos concretos que la universidad ejecuta de puerta afuera: extensión universitaria, conferencias, congresos... sino a los efectos nacionales del funcionamiento intrínseco de la universidad en su vida propia".

Estos efectos son enormemente variables de un país a otro, de este a aquel decenio, y son muy diversos: un influjo hormonal de excitación intelectual de la sociedad entera; una catálisis en que la universidad, sin intervención activa, provoca y hace posibles determinadas reacciones del cuerpo social; una influencia tranquilizadora que produce seguridad cuando se cree que hay quien se ocupe de los problemas, que existe un organismo cuya misión es plantearlos y resolverlos; que las cuestiones que tienen una vertiente intelectual, están en buenas manos, como *la sanidad en una buena medicina o la seguridad de una policía eficaz o la formación moral de un político*; una función, por último, de prestigio, de conciencia nacional, de expresión del país entero por medio de sus estructuras universitarias".

Pero esta labor debe ser un menester humanístico de alta cultura, de orientación, *nunca proselitista, ni doctrinaria.*

Nuestro espíritu debe bañarse en el agua de la tradición, refrescada por vientos de patrióticos empeños. Porque es de la universidad, de esa *mater universalis*, de donde debe surgir la salvación

de nuestro patrimonio y el encauzamiento de nuestra gloria, hacia una meta triunfal con Dios, el Divino Hacedor.

Familiares y amigos, vedlos ahora aquí, en este acto trascendental de sus vidas. A ustedes me refiero, los graduandos de hoy, con sus togas y birretes y una luz de alegría en esta hora feliz de sus estudios.

Apreciados graduandos: han finalizado sus estudios, bajo el lema de nuestra universidad: "Por un mundo mejor". Este lema crea más que derechos, obligaciones. La obligación de mantener la libertad; les hablo de libertad porque la República es obra de la juventud y el altar de la patria ha sido destruido muchas veces, pero la luz que arde en él nos ilumina todavía. La obligación es de ser símbolo y ejemplo.

La obligación del agradecimiento: a sus profesores meritorios que han alcanzado una vocación y la han trabajado.

A sus padres, esposos o esposas, ¡cuántos títulos universitarios tienen su origen en la máquina de coser de una madre o el sudor en la frente de un padre!

Por eso les pido que se levanten, miren a sus seres queridos, busquen sus miradas y tribútenles un fuerte aplauso.

El profesional será útil en el grado en que tenga conciencia de que es, ante todo, un ser cuyo éxito está normado por principios morales, y cuya función es la de prestar un servicio al desarrollo del país.

Están adiestrados para manejar la tecnología, pues deben tener una vocación de estudio permanente. Sus voluntades deben estar templadas para emprender acciones grandes, valoradas por encima del ingreso fácil, del conformismo o de la entrega a intereses mezquinos.

Para el camino nacional propio, son ustedes poder e instrumento, pero por encima de requerimientos técnicos quede el compromiso personal de entrega a los valores superiores, que hacen una sociedad de convivencia justa y digna.

Su rector, sus profesores y la comunidad académico-administrativa, los miraremos partir con nostalgia, pero pendientes, siempre, de los hitos gloriosos de sus vidas.

Que la luz que apareció sobre la tierra con el primer maestro, siga siempre encendida y continúe brillando cada día, con más fuerza, en todos nosotros y en los dominios de la conciencia humana.